

LA MEMORIA DE LA MUCHACHA TRACIA. MUJERES Y FILOSOFÍA

Fina Birulés
Universitat de Barcelona

RESUMEN

Este artículo pretende investigar alguna de las vías para una consideración del papel y del lugar de las filósofas en la Historia de la Filosofía. En el artículo se interroga en torno a la falta de transmisión de la obra de las mujeres filósofas y en cuanto a la existencia de una tradición de pensamiento femenino, y se plantea la posibilidad de utilizar la noción arendtiana de «tradición oculta» para dar cuenta de la obra de las mujeres filósofas.

PALABRAS CLAVE: mujeres, filosofía, historia, tradición, diferencia, Arendt.

ABSTRACT

This article intends to explore some of the possible ways to consider the role and place of women philosophers and the existence of a tradition of female thought. It proposes the possibility of resorting to Arendt's notion of "hidden tradition" to account for the work of these women philosophers.

KEY WORDS: women, philosophy, history, tradition, difference, Arendt.

1. EL EXILIO DE LA PALABRA EN LA FILOSOFÍA

Es lo mismo que se dice de Tales... Éste, cuando estudiaba los astros, se cayó en un pozo, al mirar hacia arriba, y se dice que una sirvienta tracia, ingeniosa y simpática, se burlaba de él, porque quería saber las cosas del cielo, pero se olvidaba de las que tenía delante y a sus pies. La misma burla podría hacerse de todos los que dedican su vida a la filosofía.

Platón, *Teeteto*, 174 a¹

Con estas palabras Platón parece tomarse más en serio la incompreensión de los simples hacia la especulación filosófica, hacia la teoría, que la perniciosa influencia que, como todo el mundo sabe, atribuye a los poetas en la *República*. Al relatar la anécdota de la chica tracia Platón quiere enfatizar un rasgo característico del pensamiento filosófico que se manifiesta en la proverbial distracción del filósofo: la



experiencia común *des-aparece*. En su opinión el gesto de pensar siempre significa un cierto o un radical alejamiento del mundo de las *apariencias*, de lo común y, de ahí, la carcajada de la joven.

La tradición filosófica occidental ha salvaguardado la figura de la muchacha tracia² y ha entendido la experiencia del pensar como un proceso de desensorialización, de interrupción, de retirada de todo lo visible con el fin de acceder a la región de los invisibles, de las ideas. Así, a lo largo de la historia de la filosofía encontramos muy diversas versiones de la caída al pozo del primer filósofo. En el siglo XX, pensadores como Heidegger o Wittgenstein han retomado la cuestión; el primero escribe: «Hacemos bien en acordarnos, ocasionalmente, de que tal vez en nuestra marcha podemos caer alguna vez en un pozo» [*Pregunta por la cosa*], convirtiendo así la risa de la joven tracia en criterio para saber que el pensador se halla en el buen camino; el segundo afirma que, en filosofía, el lenguaje «marcha en el vacío» [*Investigaciones Filosóficas*]. Ambos estarían acentuando el hecho de que en filosofía las palabras en cierta medida se hallan alejadas, exiliadas del mundo común, como si se tratara de ruedas girando fuera del engranaje. Como si el pensamiento fuera el resultado de un cambio en el rumbo de la atención, un cambio que tendría que hacer posible advertir lo que permanece inadvertido cuando nos encontramos envueltos en las urgencias de la vida diaria. Parece, pues, que frente a la pregunta «¿dónde estamos cuando pensamos?», la respuesta sólo pudiera ser: «en ningún lugar». Algo parecido, como nos ha recordado H. Arendt, sugería Paul Valéry con su versión del *cogito*, «*Tantôt je pense, tantôt je suis*».

Nada tiene, pues, de extraño que Wittgenstein considerara los problemas filosóficos como fruto de un mal uso, de un abuso del lenguaje o que no cesara de repetir que una de las tareas centrales del análisis filosófico es la de reconducción de las palabras metafísicas desde el *exilio* en el que se encuentran a su tierra natal, a *nuestra* utilización cotidiana³. Hasta cierto punto cabría afirmar que la filosofía de las últimas décadas —al poner el acento en la diferencia, la alteridad, en las insuficiencias de las viejas aspiraciones de la razón— no ha hecho más que debatirse en una lucha contra sí misma⁴ en la que, sin duda, resuena con fuerza la carcajada de la chica de Tracia: como si quien se dedica al pensamiento filosófico tuviera que estar permanentemente mirando *delante y a sus pies* además de por encima de su cabeza.

¹ PLATÓN, *Diálogos*. vol. V, Madrid, Gredos, 1988, pp. 240-41.

² Vid. H. BLUMENBERG, *La risa de la muchacha tracia. Una protohistoria de la teoría*. Valencia, Pre-Textos, 2000.

³ Vid. S. CAVELL, «El tramonto al tramonto. Wittgenstein filósofo della cultura», en D. SPARTI, (ed.), *Wittgenstein político*, Feltrinelli, Milán, 2000.

⁴ Basta con recordar que uno de los temas vertebradores de la filosofía del siglo XX ha sido el final de la filosofía, la muerte de la filosofía, incluso hay quien ha hablado de era *postfilosófica*. Vid. R. RORTY, *The Consequences of Pragmatism*. Cambridge, Cambridge University Press, 1982, y «Veinte años después» en R. RORTY (ed.), *El giro lingüístico*, Barcelona, Paidós, 1990, pp. 159-67.



2. MUJERES Y FILOSOFÍA

Los filósofos inauguran, decía también Platón en el *Teeteto*, su reflexión con el asombro, y la mujer —encarnando la vida— se entiende como la representación de lo que se resiste a la reflexión, a la teoría. Como si el pensamiento y la vida se opusieran. Pero, ¿y las mujeres filósofas? Para ellas, quizás el exilio de la palabra en filosofía se traduce —por así decirlo— en *un doble exilio*, puesto que todo exiliado sabe cuál es la añorada tierra a la que, en principio, desea retornar, pero las mujeres históricamente se han hallado siempre a una cierta distancia de la comunidad o grupo al cual pertenecían según todas las apariencias y, por tanto, se han encontrado siempre ausentes y cautivas de las palabras que conformaban la vida cotidiana. De hecho, hasta hace pocos años, preguntarse por el papel que las mujeres habían tenido en la historia de la filosofía parecía tener un solo tipo de respuesta: la filosofía es obra de los filósofos, y sólo en el siglo XX, y a raíz del progresivo acceso a los estudios universitarios, algunas mujeres han empezado a participar en este campo. Esto parecen confirmarlo aquellas palabras de María Zambrano, según las cuales en la España de los años treinta una filósofa era casi «una mujer barbuda, una hereja, una curiosidad de circo»⁵.

Pero, precisamente a raíz de la presencia de las mujeres en la academia, se ha llevado a cabo un trabajo para rescatar del olvido la palabra y la obra de las filósofas a lo largo de la historia, y de este modo, y posiblemente gracias al ansia de heredar de las mujeres actuales, de descubrir que no son las primeras ni las únicas, de mostrar que no son excepciones a la regla (una regla que diría que las mujeres no son aptas para la teoría, como parecen sugerir algunas versiones de la anécdota de la muchacha de Tracia), han ido aflorando los textos y las obras de las filósofas del pasado. Y, no sin sorpresa, se ha descubierto, a pesar de la escasez de obra filosófica femenina en comparación con la masculina, la existencia de textos de pitagóricas, epicúreas, de místicas medievales, humanistas, cartesianas y un largo etcétera.

Todo ello ha llevado, conjuntamente con el auge de la teoría feminista, a preguntas relativas a si es posible hablar de una tradición filosófica o de un pensamiento femeninos. En un mundo que no las trataba como iguales ellas tuvieron que extraer fuerza de su condición singular, de su ex-centricidad, de manera que su obra acostumbra a ser expresión de una gran libertad. Tal es el caso de filósofas del siglo XX como por ejemplo Simone Weil, Hannah Arendt, María Zambrano, Suzanne Langer o Sarah Koffmann. A pesar de ser muy diferentes entre sí, todas parecen saber que la universalidad del pensamiento no tiene que ver con su neutralidad sino, en todo caso, con su capacidad para producir sentido⁶ y, además, parecen ser

⁵ *Delirio y destino*. Madrid, Mondadori, 1989, p. 33.

⁶ Como subrayaba hace algunos años F. COLLIN, «Ces études qui sont 'pas tour'. Fécondité et limites des études féministes». *Cahiers du Grif*, vol. 45 (1990), pp. 64-93.



conscientes de que posiblemente el canon no las incluirá, pero no renuncian a satisfacer la necesidad de pensar, de decir, de escribir y, por tanto, lo hacen sin el temor a equivocarse o a caer en desgracia, actitud tan propia de quienes se creen situados en el centro del mundo cultural.

3. ¿UNA TRADICIÓN OCULTA?

Pero ¿se puede hablar de una tradición de pensamiento femenino? Habitualmente entendemos que la tradición es una cadena que ata a cada generación a un aspecto predeterminado del pasado y gracias a la cual los seres humanos pueden orientarse en su presente y en relación al futuro. De manera que la tradición da continuidad, constituye una forma de memoria en la medida en que selecciona, da nombre, transmite y conserva, o sea, indica dónde se encuentran los valores y cuál es su valor⁷.

Ahora bien, una tradición está hecha tanto de olvido como de memoria: es un sistema de selección, que permite juzgar lo inédito, nuevo, y decidir lo que es digno de ser transmitido. De modo que siempre existe el peligro de ser olvidado si la significación no se puede integrar en el sistema tradicional y tal ha sido el caso de las mujeres filósofas: no han sido transmitidas y siguen sin serlo.

A pesar de ello, se puede descubrir entre las mujeres filósofas una «tradición», una «tradición oculta» en el mismo sentido que Hannah Arendt habla de ella⁸ para referirse a aquellos que no están del todo en el mundo —individuos que han afirmado su condición de *parias*, Heinrich Heine, Rahel Varnhagen, Bernard Lazare, Franz Kafka o Charles Chaplin. Descubrimos esta tradición no tanto entre las mujeres que han sido fieles a la «tradición femenina» que tiene que ver con aquel saber de las mujeres, vinculado a lo que habitualmente ha sido entendido como el ámbito de lo privado —y que en la actualidad es reivindicado con fuerza— ni entre las que formaban parte del colectivo de excluidas de todos los ámbitos, sino entre las intelectuales, todas ellas «hijas del padre», puros productos de la emancipación, un fenómeno siempre minoritario (hay que recordar que en la mayoría de los casos su acceso a la educación y a la cultura estaba condicionado a una cierta «masculinización»). Tradición «oculta» porque hay pocos vínculos entre las grandes, pero aisladas, mujeres que han afirmado su voluntad de pensar. Y «tradición» porque las mismas condiciones básicas de desarraigo, de ligereza, han obtenido y evocado una misma reacción básica.

Esta ligereza, que algo tiene que ver con la risa de la muchacha de Tracia, puede ser todavía un lugar desde donde es posible producir sentido. Ahora bien, no

⁷ H. ARENDT, *Entre pasado y futuro*. Barcelona, Península, 1996.

⁸ H. ARENDT, *Die Verborgene Tradition, Acht Essays*. Frankfurt, Main, Suhrkamp, 1976.

se trata del pensamiento de los grandes padres de la filosofía, de los pensadores profesionales, sino precisamente de aquellas figuras que saben de los límites de la tradición y diseminan a su alrededor fragmentos de pensamiento y que en la actualidad se nos presentan como realmente necesarias; en especial en un momento en que la escena filosófica está dominada por un discurso donde todo es hermenéutica y nadie se atreve a decir nada sobre el mundo, sobre la propia experiencia.

Así pues, podemos hablar más de coincidencia que de influencia, y de ninguna continuidad conscientemente mantenida. Se trata de una tradición de individualidades, de una tradición oculta que sólo puede ser denominada tradición de forma paradójica, no tradicional, ya que, como decía antes, una tradición supone una comunidad de instituciones encargadas de transmitirla y, en este caso, esto no se ha dado.

Quizás por esta razón debemos recuperar a las pensadoras que nos han precedido y no sólo por el hecho de que escribieron, sino también porque nosotras las necesitamos para no habitar en un presente hecho de autocomplacencia con respecto a lo que nos es dado y con un pasado «hecho a medida». Quizás hay que asumir —como decía no hace muchos años Derrida— la heterogeneidad radical y necesaria de toda herencia, ya que si la legibilidad de un legado nos fuera dada, si éste fuera transparente, no podríamos heredar, sino que ocurriría como en el caso de la herencia genética, nos condicionaría como una causa. Siempre se hereda un secreto que hay que interpretar. Y a este secreto es al que algunas denominamos «diferencia».

